

PAOLO NEGRO



SPIRITUS
TEMPLI

Título original: *Spiritus Templi*

Primera edición: 2016

© 2014 Arkadia Editore, Cagliari

This edition published by arrangement with Tempi Irregolari, Gorizia
All right reserved.

© traducción: Carmen Ternero Lorenzo, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-14-2

Depósito legal: SE. 1025-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

| | |
|-------------------|-----|
| CAPÍTULO 1 | 11 |
| CAPÍTULO 2 | 29 |
| CAPÍTULO 3 | 51 |
| CAPÍTULO 4 | 73 |
| CAPÍTULO 5 | 99 |
| CAPÍTULO 6 | 113 |
| CAPÍTULO 7 | 131 |
| CAPÍTULO 8 | 153 |
| CAPÍTULO 9 | 165 |
| CAPÍTULO 10 | 181 |
| CAPÍTULO 11 | 191 |
| CAPÍTULO 12 | 207 |
| CAPÍTULO 13 | 221 |
| CAPÍTULO 14 | 247 |
| CAPÍTULO 15 | 263 |
| CAPÍTULO 16 | 281 |
| CAPÍTULO 17 | 297 |

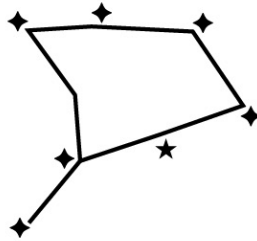
| | |
|-------------------|-----|
| CAPÍTULO 18 | 323 |
| CAPÍTULO 19 | 341 |
| CAPÍTULO 20 | 353 |
| CAPÍTULO 21 | 359 |
| CAPÍTULO 22 | 367 |
| CAPÍTULO 23 | 373 |
| CAPÍTULO 24 | 381 |
| CAPÍTULO 25 | 389 |
| CAPÍTULO 26 | 397 |
| EPÍLOGO | 415 |



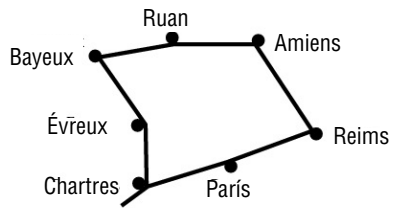
El laberinto de la catedral de Chartres

Speculum astrorum

LA CONSTELACIÓN DE VENUS



LAS CATEDRALES DE NOTRE DAME



París, noviembre de 1313

AORILLAS DEL SENA CONTEMPLABA EL PERFIL DEL viejo con una sonrisa henchida de rabia. Para entonces ya debería estar muerto; en cambio, el Traidor estaba tan vivo que casi parecía eufórico. Tapado con su capa de lana negra, de la que llegaba a distinguir hasta los cordones escarlata atados por debajo del cuello, hablaba y sonreía satisfecho, acompañando cada palabra con aquel modo insoportable de gesticular que ni el sol abrasador del desierto de Judea ni las tempestades del mar de San Juan de Acre habían logrado aplacar.

Allí estaba, plantado a treinta pasos de él, frente al joven Lodovico, que asentía y se movía como un saltimbanqui en vez de clavarle impetuosamente la espada en el pecho como le habían ordenado. Al verlos así cualquiera habría podido confundirlos con dos amigos que estaban contándose confidencias, o con un padre y un hijo. Si

bien Lodovico seguía moviéndose y rozando con la mano derecha la empuñadura de la espada que llevaba oculta debajo de la capa, que se agitaba ondeada por el viento, nada en su manera de proceder dejaba intuir que estuviera dispuesto a atacar. Le recordaban a los dos caballeros de piedra que había cerca de la puerta de Maupas, no muy lejos del barrio de los templarios, en la zona norte de Acre: uno frente al otro, guardianes amenazadores pero inútiles. Podían infundir respeto, y hasta miedo, pero no servían, ni jamás servirían, para nada. Ni mucho menos a él. Ni mucho menos en aquel momento.

Giovanni da Monford contuvo a duras penas un gesto de rabia y se giró hacia la otra parte lentamente y con cautela. El cielo de París tenía el color de la lluvia y empezaba a confundirse con el agua oscura del Sena, encrepada por el viento que se había levantado al alba. En la isla del río, las ramas desnudas de los carpes se arqueaban tanto que casi llegaban a rozar la tierra, envueltos en las nubes de arena rojiza que se levantaban de los márgenes para volver a caer sobre todo lo que encontraban. Más adelante, cerca del cañaveral que se extendía hasta la ciénaga de la otra parte del lecho del río, los dos aguilucho que elevaron el vuelo tampoco parecían ser de buen agüero, pues al contrario de lo que habrían tenido que hacer para emigrar hacia el sur en aquella época del año, seguían apuntando obstinadamente hacia el norte. Entornó los ojos por un instante antes de volver a seguirlos con la mirada: algo estaba alterando el orden natural de la migración. Estaba seguro. Los vio desaparecer en la mancha oscura de las nubes en el mismo momento en que una

risotada de Lodovico precedió a la del Traidor, imponiéndose por un instante al ruido del agua.

—«Todas las cosas y seres, así en la tierra como en el cielo, lo saben y se preparan...» —murmuró mirando hacia el horizonte, sin volverse hacia los dos hombres.

Todo lo que estaba ocurriendo recordaba las primeras y últimas palabras de la profecía maldita que contenía los misteriosos números que nada tenían que ver con los que hasta entonces habían usado los cristianos.

Mil veces la había leído y releído en el pergamino que muchos años antes el caballero mameluco intentó esconder en cuanto supo que había caído en la trampa después de que su barco naufragara en las costas de Chipre, y otras mil veces la había repetido de memoria después de echarla al fuego y contemplar cómo se reducía a cenizas. Recordaba perfectamente todos los detalles, hasta el extraño dibujo de la constelación de Virgo que se superponía a un símbolo que no había logrado entender. Porque el 1313 escrito a la manera de los infieles no indicaba solamente el año de los cristianos que se le estaba escurriendo de las manos, día tras día. Aquellas líneas escritas y pegadas las unas a las otras eran mucho más. Desvelaban el momento en el que los caballeros templarios, los diablos rojos o *shayatin al hamra*, como los habían llamado siempre los infieles, desaparecerían de la faz de la tierra.

En aquel pergamino estaba escrito su destino y el de ellos. El corazón de aquel 1313 era la prueba.

Dos veces trece, uno al lado del otro, como dos shayatin al hamra montados en la silla del mismo caballo.

Dos veces trece, uno al lado del otro, para redoblar la fuerza invisible de lo que es el final de lo viejo y el principio de lo nuevo.

Dos veces trece, uno de espaldas al otro, porque es el hermano el que mata al hermano.

Dos veces trece, uno sumado al otro, porque la sangre llama a la sangre y no será suficiente con la derramada por un solo trece cuando los siervos y soldados de los shayatin al hamra sean arrestados y asesinados por orden de su propio rey. Para que todo se cumpla, ríos de sangre habrán de correr de nuevo, exactamente setecientos doce años después de la llegada del Profeta a la ciudad de Yazrib. Ese es el año que lleva en su corazón el diez, el número perfecto de Alá, y contiene el inicio y el fin de los shayatin al hamra.

Todas las cosas y seres, así en el cielo como en la tierra, lo saben y se preparan...

No movió un músculo, cada vez más inquieto. Todo lo que había pasado reforzaba aquellas palabras.

El 13 de octubre de seis años antes, el gran maestro Jacques de Molay y los templarios habían sido arrestados por orden del rey de Francia. En una sola noche teñida de sangre y traición, los amigos se convirtieron en enemigos y el cazador, en perseguido. En una presa que había que matar. Sin piedad y sin dejar espacio a la esperanza. Y todo desapareció de un plumazo. Todo. Lo nuevo y lo antiguo, el presente y el pasado hasta el día anterior, cuando escoltó personalmente al gran maestro al funeral de la emperadora de Constantinopla Catalina de Courtenay y



lo vio sentarse entre inclinaciones y reverencias en la nave central de Notre Dame al lado de Felipe IV. Al amanecer del día siguiente, cuando volvió al cuartel templario, no quedaba nada de lo que había dejado el día anterior al salir para Nantes por orden del gran maestro y el Capítulo, que acababa de concluir su reunión. Entre el humo de las casas incendiadas solo quedaban los cadáveres de los caballeros que habían intentado oponerse a los hombres del rey; frente a él, a lo largo de la calle que recorría el borde de lo que en su día fue una ciénaga, la larga cola de carros con telas negras sobre las que se había apiñado a los que aún seguían con vida era la marca indeleble de una traición que nadie había sabido prever. Sí, aquel 13 de octubre había sido solo el principio, como vaticinaba la profecía a la que muchos, demasiados, no habían querido prestar la atención que merecía.

«Porque la sangre llama a la sangre y no será suficiente con la derramada por un solo trece», susurró una vez más antes de meter la mano por debajo de la capa. Rozó nerviosamente, uno tras otro, los pequeños nudos del cinturón que le servían para llevar la cuenta de las semanas y las festividades de Dios, y solo cuando los dedos tocaron el minúsculo anillo que estaba atado al nudo que indicaba la Pascua, se detuvo a hacer un rápido cálculo: faltaban seis meses para el 15 de abril, el día de la Resurrección que por fin pondría punto final a aquel año abriendo las puertas a 1314. Apretó rabiosamente las manos: todavía había tiempo. Demasiadas cosas habían de cumplirse antes de poder determinar cuál sería el futuro. Ni las palabras del pergamino ni el volver a pensar en lo

que ya había ocurrido le ayudarían. Tenía que olvidarlas. A pesar de todo. Y tenía que hacerlo ya. Por más que la profecía hubiera dicho la verdad, el destino todavía podía y debía cambiarse.

Apartó con decisión y sin hacer ruido alguno otra rama del árbol que lo ocultaba. Volvió a mirar a Lodovico y después, moviendo la cabeza con disgusto, se giró hacia la catedral de Notre Dame, que se elevaba en la otra parte del río. Las paredes externas del ábside, hasta la altura del transepto, estaban cubiertas de andamios y cuerdas, inmersas en un hervidero de hombres y guardías. Los gritos que iban repitiendo por turnos las órdenes del maestro de obras se alzaban con cadencia regular sobre el ruido del agua y resonaban de una parte a otra de las obras siguiendo los caprichos del viento. Los resplandores que se entreveían detrás de la empalizada de madera que delimitaba toda la zona posterior de la catedral indicaban que las primeras antorchas ya se habían encendido. Aguzó la vista para estar más seguro, puesto que aquellas luces representaban la señal de que la jornada de trabajo estaba a punto de acabar y el ejército vociferante de obreros, carpinteros, herreros, canteros, pintores, escultores y albañiles inundaría la plaza, las calles circundantes y las orillas del río, junto con los soldados del rey que presidiaban las obras.

Solo entonces se percató de la hoguera que algún mendigo había encendido al abrigo de los cascotes amontonados a lo largo del sendero que salía de la explanada de la catedral y llegaba hasta el Sena. En la orilla distinguió a una docena de personas que estaban bajando lentamente hacia el río recogiendo leña, mientras dos muje-

res que estaban junto al fuego gesticulaban señalando algo que estaba en el suelo y un hombre gritaba palabras incomprensibles al tiempo que arrastraba el tronco de un árbol. Observó con una mueca cada uno de los detalles, intentando percibir alguna señal que pudiera ayudarlo a prever qué harían los hombres y sobre todo qué dirección tomarían después.

Aguantó la respiración y miró de reojo hacia donde estaba Lodovico. Con la mano izquierda apretó con fuerza uno de los bordes de la capa antes de secarse una gota de sudor que le colgaba de la ceja. Estaba seguro de que ninguno de los obreros podría asomarse por el terraplén para mirar en dirección a Lodovico y el Traidor; y desde el puente, a trescientos metros de ellos, era imposible que nadie llegara a ver bien aquella parte de la orilla, detrás de los dos depósitos en los que se descargaban las piedras de Caen que se utilizaban para la construcción de la catedral. Pero en cuanto salieran de las obras todo sería distinto: alguien podría darse cuenta de lo que estaba pasando. Se estremeció al pensar en lo que podría ocurrir si algo se torciera antes de que Lodovico se decidiese a atacar. A los que siguieran vivos y libres no les quedaría más opción que contar los cadáveres a los que tendrían que dar sepultura intentando prever el número de los que muy pronto los seguirían a la tumba. Todas las posibilidades se desvanecerían irremediabilmente. La Costa de Dios dejaría de ser un secreto. Ningún templario que hubiera logrado escapar al arresto podría impedirlo. Ni aunque matara al papa. Ni siquiera en el caso de que la profecía de los infieles no llegara a cumplirse.



No había tiempo que perder. Lodovico tenía que atacar ya. Él mismo había cometido el mismo error veinte años antes cerca del puerto de Rávena. En aquella ocasión él también vaciló y lo pagó muy caro. Aprovechando la confusión, el Traidor logró apuñalarlo al improviso y solo la llegada de dos soldados evitó que le asestara el golpe final antes de desaparecer en la nada como solo él sabía hacer.

«De una estocada», repitió mentalmente como si estuviera rezando.

—Lodovico —masculló mientras miraba a la otra orilla—, ¡ataca! —dijo al fin rabioso, con el puñal en la mano, mientras salía repentinamente de detrás de los árboles dirigiéndose hacia ellos—. ¡Mátalo!

El Traidor, sorprendido, se volvió hacia él. Pero no le dio tiempo a apartar la capa para sacar la daga de hoja curva que llevaba a la cintura. Lodovico desenvainó la espada y se abalanzó sobre él. La cuchilla se hincó en el pecho del viejo, pero Lodovico no se paró. Giovanni vio cómo se la volvía a clavar, hundiéndosela aún más, hasta el fondo, apretando con la mano abierta sobre la empuñadura, hasta que dejó de notar resistencia. Al principio el Traidor se quedó petrificado, con una mueca de dolor, y luego dobló lentamente las piernas hasta caer de rodillas al suelo, pero ni un solo gemido salió de la boca ensangrentada. Por un instante clavó la mirada en la mano del joven, que ya estaba sacando la cuchilla, robándole la respiración, las palabras y hasta su última maldición.

Da Monford, sin apartar la mirada del hombre, avanzó hasta ponerse a su lado y le rozó la cara con la punta del puñal.



—*Et in Arcadia ego* —le dijo con un susurro mientras se arrodillaba haciendo un mohín: «Estoy en Arcadia».

E inmediatamente le dobló bruscamente la cabeza hacia un lado. El cuerpo se estremeció por última vez. Acto seguido fulminó a Lodovico con la mirada mientras le indicaba con un movimiento de la mano que se ocultara detrás de los árboles batidos por el viento.

—¿En qué estabas pensando? ¡Tenías que matarlo de inmediato!

—Estaba esperando el momento adecuado, maestro...

—¿Que estabas esperando? —rebatió Da Monford negando con la cabeza—. ¡Has dudado! Y no has fallado por un pelo.

—Es que se ha apartado justo antes de que lo atacara.

—¿Ah, sí? ¿Y qué creías, que se iba a quedar quieto? —susurró con una sonrisa de escarnio al tiempo que volvía a meter el puñal en su funda de cuero—. *Haud aequom facit qui quod didicit id dediscit*, mal actúa el que olvida lo que ha aprendido —dijo mirando de nuevo hacia la otra orilla. Nadie se había dado cuenta de nada. Tendrían todo el tiempo que necesitaban para deshacerse del cadáver y alejarse de allí sin correr más riesgos—. Te ha dado miedo, admítelo —añadió mientras se levantaba y le plantaba el dedo índice en mitad del pecho.

Lodovico dio un paso atrás, entrecerrando los ojos como dos fisuras.

—No, maestro, ese viejo no me asusta —susurró—. Pero no quería correr riesgos inútiles. Tenía que asegurar-

me de que llevara consigo los mapas que mañana tenía que entregarle al legado del papa en el palacio real.

Giovanni da Monford lo fulminó con la mirada y apretó los puños hasta hacerse daño. Lo habría masacrado a golpes. Sin piedad. Pero se contuvo. No era el momento ni el lugar. En otro momento, tal vez. Tenía que esperar a que estuvieran a salvo. No podía correr más riesgos.

—¿Y tampoco veías mientras esperabas? —se limitó a decir con voz chillona al tiempo que apartaba las ramas para señalar al grupo de hombres que se estaba alejando despacio, en dirección a las hogueras—. ¿Es que no has visto lo que estaba pasando en la otra orilla? —Lodovico miró hacia donde estaba señalando Giovanni—. Dentro de nada, los obreros de la catedral estarán por todas partes —susurró mientras hacía un amplio gesto con los brazos—. ¡Si el Traidor hubiera dado solo un paso más, le habrías dado en el costado! Habría podido reaccionar..., gritar. Y tú no habrías tenido escapatoria —concluyó mirando la bolsa que colgaba de la cintura del Traidor—. No tienes la menor idea de a quién tenías delante —suspiró.

—Delante solo tengo un cadáver.

Da Monford hizo una mueca, pero no contestó.

Se volvió a inclinar y vio el puñal del Traidor. Se le ocurrió que podría cogerlo, pero se lo pensó mejor. Abrió la bolsa de cuero que el hombre llevaba atada a la cintura y tiró a lo lejos la escarcela con las monedas. Con movimientos rápidos y decididos registró el interior hasta que tocó con los dedos el estuche octogonal de madera de



arce que estaba buscando. Lo abrió, rompió el sello que cerraba la envoltura de lino y pasó delicadamente las hojas. En un pergamino, con pocas líneas escritas, reconoció enseguida la letra del Traidor. Liados en su interior había dos mapas que empezó a desenrollar con un ligero temblor en las manos. En la penumbra entrevió los colores desteñidos del primer portulano, en el que se indicaba la profundidad del mar y el flujo de las mareas. Observó admirado la precisión con la que se había dibujado la red de líneas de la rosa de los vientos para poder calcular la ruta. El segundo contenía el perfil inconfundible de la Costa de Dios: promontorios, arrecifes y bajíos aparecían minuciosamente indicados con letras del alfabeto griego, a las que acompañaban miniaturas de color dorado y carmesí que representaban animales fantásticos capaces de hacer palidecer al bestiario de Philippe de Thaon que había visto muchos años antes en la biblioteca del palacio de la Orden. El perfil de la bahía del Señor, en el que se indicaba el único punto en el que las mayores embarcaciones de la Orden podrían atracar sin peligro, estaba rodeado por un círculo con seis rayos en el que destacaban las letras ji y ro, es decir, el crismón o monograma de Cristo, y dos palabras: *Sol Invictus*, el sol invicto, que se celebraba el 25 de diciembre, cuatro días después del solsticio de invierno.

Suspiró aliviado mientras sujetaba con fuerza el estuche de arce antes de levantarse. Por fin había recuperado los portulanos.

Lodovico, que estaba apoyado contra un árbol, permaneció inmóvil aun cuando vio que Da Monford estaba

de nuevo a su lado. Absorto en sus pensamientos, siguió mirando el cadáver que había desplazado unos pasos para esconderlo detrás de unos arbustos. En el fondo, tampoco había sido tan difícil engañar a aquel viejo que, vendiendo el alma de sus compañeros a los infieles, había sobrevivido al asedio y a la última batalla de la fortaleza de Safed en Tierra Santa.

Lo había visto por primera vez aquella tarde y lo había seguido sin dificultad por las calles de París hasta que entró en el palacio de la guilda de los mercaderes. Lo observó mientras embocaba la escalera del patio que subía al primer piso y esperó el momento oportuno para matar y sustituir al guarda de la corporación que tenía que escoltarlo después, y que en ese momento estaba esperando aburrido cerca de la entrada. Por eso le había resultado tan fácil llevarlo hasta allí, a unos cien pasos del palacio de la guilda. Solo había tenido que inventarse una excusa banal y dejarlo hablar sin contradecirlo jamás. Lo más difícil, más de lo que se habría podido imaginar, llegó después, cuando tuvo que decidir el momento de atacar sin que a aquellas manos, que no paraban de moverse, les diera tiempo a agarrar el extraño cuchillo que el anciano llevaba colgado a la cintura y que no dejaba de tocar. No había habido ni un solo momento en el que hubiera podido prever con precisión qué iban a hacer aquellas manos o dónde se iban a poner. Se movían, se movían sin parar. Y si hubieran empuñado la daga habría sido todavía peor, mucho peor. Se había dado cuenta enseguida.

—Maestre —dijo dándose la vuelta de pronto con una expresión extraña—. ¿Los portulanos?



Da Monford bajó la mirada un segundo antes de levantar la capa e indicarle con la mirada el estuche de madera.

—La próxima vez —susurró— no pierdas el tiempo observando a los muertos. Así no tendrás que hacer preguntas inútiles.

—Lo que quiero saber es cuándo podré verlos —replicó con tono irritado Lodovico.

—¿Verlos? —repitió Da Monford desconcertado.

—Sí, maestro. Me gustaría ver los dos portulanos que había robado el Traidor.

—Tu misión era ayudarme a recuperarlos, pero nadie dijo que podrías verlos.

—¿Y?

—Pues que el curioso no llega a viejo.

Un estruendo que procedía de las obras precedió a los gritos de los hombres y una nube de polvo se levantó del terraplén, por lo que ambos se dieron la vuelta. Instintivamente, Da Monford miró hacia la fachada de la catedral, donde sabía que habían puesto las estatuas que había visto treinta años antes en cuanto terminaron de esculpirlas. En cambio, el joven no movió ni un músculo y se limitó a observar lo que estaba ocurriendo con preocupación.

—Vamos a dejar que retomen el trabajo antes de irnos —murmuró el maestro sin dignarse a mirarlo antes de esconderse detrás del tronco de un árbol que extendía sus ramas hasta rozar las aguas del río.

Lodovico se le acercó hasta casi tocarlo. Su semblante parecía una máscara de tensión y decepción.

—Tenemos poco tiempo y todavía tenemos muchas cosas que hacer, maestro. No sabemos lo que pensará el legado papal cuando el Traidor no se presente a la cita de mañana —dijo en voz baja.

—¿Acaso dudas de mi capacidad para encontrar una solución?

—No, maestro, en absoluto.

—Entonces —añadió plantándose delante de él—, si has de hablar, dime algo que no sepa.

Lodovico se pasó nerviosamente la mano por el pelo mojado y levantó la mirada desafiante.

—Tendría que haber...

—¿Tendrías que haber...? —repitió con intencionada lentitud.

—Tendría que haber seguido mi instinto y no lo que se me dijo. No debería haber matado a Lion de Caselier con la espada.

—¡No vuelvas a pronunciar ese nombre! —lo interrumpió Da Monford levantando el brazo de forma amenazadora.

—Tendría que haber matado al Traidor —se corrigió inmediatamente Lodovico dando un paso atrás— con la ballesta. Todo habría sido mucho más fácil y no habría perdido tanto tiempo.

—Todo habría sido más fácil si hubieras cumplido mis órdenes —replicó el maestro sin dejar de mirar a su alrededor—. Si se te da una espada, con una espada has de matar —añadió—. Los santos padres escribieron que la ballesta de un hombre de Dios no podrá matar a un cristiano. Que no se te olvide, si es que te importa tu alma.



—¡Sí, claro! Obligándome a correr riesgos inútiles y a perder un tiempo valiosísimo —insistió.

El maestre se llevó las manos a la cintura maldiciendo de nuevo que ni una sola voz, ni siquiera la de sus viejos compañeros, se hubiera alzado en su favor en la sala del Capítulo del templo de La Rochelle cuando explicó que Lodovico no estaba preparado aún. Pese a haberlo seguido durante dos años, venciendo a duras penas la tentación de matarlo cada vez que había puesto en tela de juicio una orden, y a pesar de que él era el único que conocía cada uno de sus límites, así como su tendencia a la indisciplina, todos habían preferido hacer oídos sordos para no admitir que tenía razón: Lodovico poseía la fuerza y la arrogancia de sus dieciocho años, pero nada más. No estaba preparado. Sobre todo para afrontar aquella misión.

—¡Aprende a cumplir las órdenes! —gruñó irritado. Después, comprimiendo repentinamente con fuerza el rostro de Lodovico entre las manos, dijo, silabeando muy despacio las palabras—: ¿Acaso querías condenarte para la eternidad?

—No...

—¿Querías perder la salvación eterna? —repitió con determinación—. Dime, ¿de verdad querías que tu alma subiera al cielo de cristal del falso dios antes de zozobrar en los infiernos para la eternidad?

Lodovico no consiguió abrir la boca, de modo que movió imperceptiblemente la cabeza mientras Da Monford le apretaba las mejillas cada vez más fuerte.

—¡Entonces aprende a hacer lo que se te ordena! Y, sobre todo, aprende a hacerlo en silencio. El nombre de

Dios que está grabado en la hoja de la espada que llevas al cinto —murmuró acercándosele todavía más a la cara— no es solo la última advertencia para todo el que derrame su sangre en ella. Es también una bendición y la salvación para el que la empuña. ¡Si no lo has entendido aún es que eres idiota! ¡Solo con esa espada podías matar al Traidor! Nadie en el Capítulo ha hablado de ballesta, puñal ni flecha, ni habría podido hacerlo. Porque también te habrían condenado a ti.

Permanecieron uno frente al otro en silencio hasta que el joven se liberó con un movimiento súbito de las manos del maestro.

—Perdonadme —dijo arrodillándose enseguida delante de él antes de levantar de nuevo la mirada—. Tenemos que irnos, maestro, dentro de poco pasará la ronda —susurró—. Los soldados encontrarán el cuerpo.

—No será aquí —respondió Da Monford.

E inclinándose sobre el cadáver, se sacó de debajo de la capa una cuerda druídica con doce nudos y, con movimientos rápidos y precisos, ató las muñecas del Traidor teniendo cuidado de que la cuerda pasara entre los dedos de forma que las palmas de las manos se quedaran unidas como si estuviera rezando. Después le pasó tres veces por la cintura lo que quedaba de la cuerda que todos los maestros de obra utilizaban para realizar las figuras geométricas y por último heló a Lodovico con la mirada cuando el joven le estaba alargando el cuchillo para cortar el trozo que sobraba.

—Ninguna hoja podrá cortarla —dijo con la voz rota por el esfuerzo antes de incorporarse y empujar el cuerpo con el pie hasta el Sena.



Lo vieron caer a las aguas oscuras del río. Las sombras de la empalizada que se alzaba al lado de Notre Dame la hacían parecer aún más alta. En la otra orilla no quedaba nadie, solo el resplandor de las hogueras. El maestro siguió con la mirada el cadáver que arrastraba la corriente y se acarició la cicatriz de la cara. Acre cayó porque Safed se había perdido muchos años antes. El sultán mameluco al-Ashraf Khalil confirmó la veracidad de la traición de la que muchos sospechaban ya. Jamás olvidaría las palabras que aquel hombre de piel ajada por el sol pronunció al rechazar la propuesta de armisticio que Guillermo de Villers y él le entregaron por orden del rey. Mientras el proyectil de una catapulta resonaba no muy lejos de allí, los miró con desprecio susurrando: «Ni tregua ni paz, ahora que sé a quién de vosotros he de pagar».

Al menos, después de tantos años, por fin habían podido saldar aquella deuda y recuperar los portulanos. Tal vez las últimas órdenes del gran maestro, que murió en Acre pocos días después, no habían sido en vano.

—No puede quedar ningún testigo. Esa es la orden —dijo mientras se ponía en camino.

—No quedará ninguno.

Da Monford se dio la vuelta muy serio.

—Pues la próxima vez, no dudes.

—No he dudado jamás —contestó Lodovico con una sonrisa complacida que se desvaneció al sentir el dolor que le produjo Da Monford al apretarle el brazo con tanta fuerza que lo obligó a detenerse.

—Tu presunción ha engañado al Capítulo, pero no a mí. Recuerda que yo sé la verdad.

—¿La verdad? —repitió un instante después Lodovico al recuperarse de la sorpresa mientras Da Monford retomaba el camino—. Solo hay una verdad —susurró frotándose vigorosamente el brazo—. El Traidor ha muerto.

—«Dos veces trece, uno de espaldas al otro, porque es el hermano el que mata al hermano» —gruñó el maestro sin volverse.

